

tan comunmente por el gran Maestro de la Política, en cuya Escuela estudiaron todos los Príncipes mas hábiles que despues acá tuvo la Europa: en Isabel, una muger, no solo mas que muger, pero aun mas que hombre, por haber ascendido al grado de Heroína. Su perspicacia, su prudencia, su valor la colocaron muy superior á las ordinarias facultades aun de nuestro sexó; por cuya razon no hay quien no la estime por uno de los mas singulares ornamentos que ha logrado el suyo.

84 Si atendemos á los hechos de armas y extension que con ellos adquirió la dominacion Española, discurrendo por los dos ámbitos del tiempo y del mundo, solo hallaremos algun paralelo á la multitud y rapidéz de nuestras conquistas en las del Grande Alexandro. Purgóse España de la Morisma: agregóse el Reyno de Navarra á la Corona de Castilla: conquistóse dos veces el Reyno de Napoles contra todo el poder de la Francia. En fin, se descubrió y ganó un nuevo Mundo.

85 Si consideramos los instrumentos inmediatos que destinó la Providencia á tales empresas; esto es, Gefes, y Soldados, dicho se está que unos y otros necesariamente fueron supremamente insignes. Por parte de los dos Gefes principales se puede decir que aun eran para mas de lo que hicieron. Háblo de aquellos dos rayos de la guerra, Gonzalo Fernandez de Cordoba, y Hernan Cortés; el uno, que mereció á todas las Naciones ser apellidado por antonomasia *el Gran Capitan*; el otro, que hubiera logrado el mismo epiteto, á no hallarle ya preocupado. Digo, que aun habiendo hecho tanto, eran para mas de lo que hicieron. Al primero le ató mas de una vez las manos la escasez de los socorros. Pero el mayor embarazo á sus progresos no estuvo en la nimia economía, sino en el genio suspicáz de Fernando. Fue tan grande el famoso Cordoba, que no solo le temieron los enemigos del Estado, mas aun su propio Príncipe; y este temor fue su mayor enemigo. Era hombre capaz de hacer al Rey Católico dueño de toda Europa, si el Rey Católico,

conociendo que no podia recompensar dignamente tan altos servicios, no temiese que él mismo se buscasse el premio haciendose dueño de una Monarquía. Estos rezelos hicieron arrinconar á un hombre, en quien la determinacion de la batalla era prenda segura de la victoria.

86 El segundo ya se sabe cuántos estorvos padeció de parte de los suyos. No dio paso en que no rompiese por mil dificultades. No era la mayor tener siempre enfrente á los enemigos, sino tener siempre á las espaldas los émulos. ¡Y cuántas veces, por mas domestico, fue mayor el riesgo en sus propios Soldados! Ningun Caudillo se vio jamás en tan peligrosas circunstancias. Con tan corto numero de gente que apenas bastaba á rendir una pequeña Villa, estaba empeñado en la conquista de un grande Imperio. La débil autoridad que tenia sobre ella, era un quebranto de fuerza que debaxo de otro Caudillo haría inutil el Ejército mas numeroso. La envidia le estaba combatiendo al mismo tiempo, ya con armas en la campaña, ya con negociaciones en la Corte. No habia momento en que no tuviese tanto el honor como la vida en manifesto peligro. Quando estaba ganando tierras y tesoros para su Príncipe, le capitulaban con este de inobediente y rebelde. ¡Qué lastima ver arriesgado el honor de tan gloriosas conquistas en las cavilaciones de un Letradillo que oraba en el tribunal por el furor de un envidioso! Todo lo vencieron la valentia de aquel invencible brazo y la perspicacia de aquel superior entendimiento, dexando unicamente á sus enemigos el torpe consuelo de ver, despues de tantos triunfos, al Gran Cortés poco atendido; pues dentro de la misma Ciudad de México que acababa de conquistar, recibió graves desayres por la malevolencia de mal intencionados Ministros; en cuya tolerancia y disimulo se mostró igual aquella incomparable magnanimidad, que en ningun momento de su vida le desamparó el corazon.

87 No ignoro que algunos Estrangeros han querido minorar el precio de las hazañas de Cortés; poniendolas por

por contrapeso la ineptitud de la gente á quien venció, y á quien han procurado pintar tan cobarde y tan estúpida, como si sus Exércitos fuesen inocentes rebaños de tímidas ovejas. ¿Pero de qué Historia no consta evidentemente lo contrario? Bien lexos de huir los Mexicanos como ovejas, se arrojaban como leones. Era en muchos lances victioso su valor, porque pasaba á ferocidad. Eran ignorantes en el arte de guerrear; mas no por eso dexaba de sugerirles su discurso tan agudos estratagemas, que fueron admirados de los mismos Españoles. Hacíanles los nuestros grandes ventajas en la pericia Militar, y en la calidad de las armas. Pero por grandes que se pinten estas ventajas, no equivalen ni con mucho al exceso que ellos hacían en el numero de gente; pues hubo ocasiones en que para cada Español habia trescientos, ó quatrocientos Mexicanos. Finalmente, si por la ventaja que hace el vencedor al vencido en la disciplina de las Tropas y pericia de los Gefes se le ha de robar el aplauso de la victoria, sin entrar en cuenta la desproporcion del numero, será preciso decir que Alexandro hizo poco ó nada en conquistar el Asia toda: porque ¿qué duda tiene, que los Macedonios eran muy superiores en ciencia y disciplina Militar á todos los Asiáticos?

§. XXIV.

88 **E**L mayor honor que de tantas conquistas recibió el Reynado de Don Fernando, y Doña Isabél, no consistió en lo que estas engrandecieron el Estado, sino en lo que sirvieron á la propagacion de la Fe. Quanto camino abría el acero Español por las vastas Provincias de la América, otro tanto terreno desmontaba para que se derramase y fructificase en él la Evangelica semilla. Este beneficio grande del mundo, que empezó felizmente en tiempo de los Reyes Católicos, se continuó despues inmensamente en el de su sucesor el Emperador Carlos V, en que nos ocurre celebrar una admirable disposicion de la Divina Providencia, enlazada con una insigne gloria de España. Si

89 Si miramos solo á la Europa, funestísimos fueron aquellos tiempos para la Iglesia, quando Lutero, y otros Heresiarcas, levantando Vandera por el error, subtraxeron tantas Provincias de la obediencia debida á la Silla Apostólica. Mas si volvemos los ojos á la América, con gran consuelo observamos que el Evangelio ganaba en aquel emisferio mucha mas tierra que la que perdía en Europa. Asi disponia el Cielo que se reparasen con ventajas por una parte las ruinas que se padecian por otra; y lo que hace mas á nuestro proposito, que quando las demás Naciones trabajaban en desmoronar el edificio de la Iglesia, España sola se ocupaba en repararle y engrandecerle. Al paso que en Alemania, Francia, Inglaterra, Polonia, y otros Payses se veían discurrir mil infernales furias, poniendo fuego á los Templos y sagradas Imágenes, iban los Españoles erigiendo Templos, levantando Altares, colocando Cruces en el emisferio contrapuesto; con que ganaba el Cielo mas tierra en aquel Continente, que perdía en estotro.

§. XXV.

90 **N**O pudiendo los ojos mal dispuestos de las demás Naciones sufrir el resplandor de gloria tan illustre han querido obscurecerla, pintando con los mas negros colores los desordenes que los nuestros cometieron en aquellas conquistas. Pero en vano; porque sin negar que los desordenes fueron muchos y grandes, como en otra parte hemos ponderado, subsiste entero el honor que aquellas felices y heroicas expediciones dieron á nuestras armas. Los excesos á que inducen ya el impetu de la colera, ya la ansia de la avaricia, son atenta la fragilidad humana, inseparables de la guerra. ¿Cuál ha habido tan justa, tan sabiamente conducida, en que no se viesen innumerables insultos? En la de la América son sin duda mas disculpables, que en otras. Batallaban los Españoles con unos hombres que apenas creían ser en la naturaleza hombres, viendolos en las acciones tan brutos. Tenia alguna apariencia de razon el que fuesen tratados

como fieras los que en todo obraban como fieras. ¿Qué humanidad, qué clemencia, qué moderacion merecian á unos Estrangeros aquellos naturales, quando ellos desnudos de toda humanidad, incesantemente se estaban devorando unos á otros? Mas irracionales que las mismas fieras, hacian lo que no hace bruto alguno, que era alimentarse de los individuos de su propia especie. A este uso destinaban comunmente los prisioneros de guerra. En algunas Naciones casaban los esclavos y esclavas que hacian en sus enemigos; y todos los hijos que iba produciendo aquel infeliz maridage, servian de plato en sus banquetes hasta que no estando los dos consortes en estado de procrear mas, se comian tambien á los padres. La crueldad de otras Naciones no se saciaba con dar muerte á los prisioneros, sino que se la hacian prolixa y dolorosa con quantos generos de tormentos les dictaban el odio y la venganza.

91 Todo lo demás iba del mismo modo. En unos Payses no habia Religion alguna: en otros se profesaba una Religion tan bestial, que horrorizaba mas que la total carencia de Religion. El hurto, el engaño, la perfidia, si no se celebraban como virtudes, á lo menos no se reprehendian como vicios. Los horrores de su lascivia pasaban mucho mas allá del termino adonde puede llegar nuestra idéa. Abusaban de uno y otro sexó públicamente sin pudor, sin vergüenza alguna; en tanto grado, que segun refiere Pedro Cieza, habia Templos, donde la Sodomía se exercia como acto perteneciente al culto. En consideracion de tantas y tan horribles brutalidades no podian los Españoles mirarlos sin grande indignacion, aun quando eran bien recibidos de ellos. ¿Qué sería quando los hallaban armados? ¿Qué sería quando sucedia la fatalidad de que sorprendidos algunos de los nuestros, eran cruelmente sacrificados á sus idolos? Puede decirse que el barbaro proceder de aquella gente tenia á los Españoles en tal disposicion de animo, ó en tal abominacion y tédio, que á qualquiera ofensa llegaba á las ultimas extremidades la colera. Si

92 Si otras Naciones, en los Payses donde entraron, fueron mas benignas con los Americanos (que lo dudo), no es de creer que esto dependiese de tener corazon mas blando que los Españoles, sino de tener mejor estómago para ver tales atrocidades y hediondeces. Puede ser que la mayor delicadez de los Españoles en materia de Religion y costumbres los hiciese mas intratables para aquellos barbaros. Sin embargo, yo me holgára de saber á punto fijo cómo se portaron los Franceses con los salvages de la Canada. Lo que algunas Naciones de aquel vasto Pays executaban con los prisioneros de guerra, y practicaron con los mismos Franceses, era atarlos á una columna, donde con los dientes les arrancaban las uñas de manos, y pies, y con hierros encendidos los iban quemando poco á poco, de modo que tal vez duraba el suplicio algunos dias, y nunca menos de seis ó siete horas; tan lexos de condolerse de aquellos desdichados, que á sus llantos y clamores correspondian con insolentes chanzonetas y carcajadas. Quisiera, digo, saber si despues de esta experiencia trataban los Franceses muy humanamente á los prisioneros que hacian de aquella gente. Puede ser que lo hiciesen; pero lo que yo me inclino á creer es, que los excesos de los Españoles llegaron á noticia de todo el mundo, porque no faltaban entre los mismos Españoles algunos zelosos que los notaban, reprehendian, y acusaban; los de otras Naciones se sepultaron, porque entre sus individuos ninguno levantó la voz para acusarlos ó corregirlos (a).

Tam-

(a) Porque nadie entienda que los Españoles fueron los únicos que executaron crueldades en la América, propondré aqui á un Estrangero, que acaso excedió en ellas á todos los Españoles. Habiendo los Velsers, Mercaderes ricos de Ausburg, que habian prestado grandes sumas de dinero al Emperador Carlos V, oido hablar de Venezuela en las Indias Occidentales, como de un Pays muy abundante en oro, obtuvieron del Emperador, por via de paga, la permission del establecimiento y dominio de aquel Pays, debaxo de ciertas condiciones. Hecha la convencion, enviaron á Alfinger, Alemán, como General,

93 También se debe advertir, que no fue tan tyrano y cruel el proceder de los Españoles con los Americanos, como pintan algunos Estrangeros, cuya afectacion y conato en ponderar la iniquidad de los Conquistadores de aquellos Payses, manifiesta que no rigió sus plumas la verdad, sino la emulacion. Entre estos sobresale con muchas ventajas el señor Jovet en la Historia que escribió de las Religiones de todo el mundo; donde, sin ser perteneciente á su asunto, no habla de Provincia alguna de la América, donde no se ponga muy de espacio á referir quanto hicieron de malo los Españoles en su conquista; y aun quanto no hicieron, pues mucho de lo que refiere es totalmente increíble y contrario á lo que leemos en nuestras Historias. ¿Qué conducia para darnos á conocer la Religion que profesaron un tiempo, ó profesan hoy aquellos Pueblos, noticiarnos tan por extenso las maldades que en ellos hicieron los Españoles? ¿No se conoce en esto la pasion furiosa

y á Bartolomé Sailler, como su Lugar-Teniente, con tres Navios que conducian quatrocientos Soldados de á pie, y ochenta Caballos. Estos dos hombres, aunque uno de los pactos era que procurarian la conversion de aquellos Infieles, solo pensaron en juntar oro; para cuyo fin no hubo inhumanidad ni barbarie que no cometiesen. Habiendo llegado á sus oídos el rumor de que muy dentro del Pays habia una casa toda de oro, trataron de ir á buscarla; y como por ser muy largo el viage y ninguna la seguridad de hallar víveres en los Payses que habian de atravesar, eran menester muchas provisiones, cargaron de gran cantidad de ellas á muchos Indios, de modo que el peso excedia sus fuerzas; á que añadieron encadenarlos á todos por el cuello, casi en la forma que llevan los condenados á Galeras. Succedia á cada paso caer algunos en tierra rendidos del peso y la fatiga. El socorro que se daba á aquellos miserables era, que por no retardar á los demás aquel poco tiempo que era menester para desatar la argolla que llevaban al cuello, al momento los degollaban. Pero la casa de oro, que en caso de existir valdria mucho menos que tanta inocente sangre derramada, no pareció; y Alfinger víctima de su codicia, murió infelizmente en aquel viage, sobreviviendole poco tiempo Sailler. Refierelo el Padre Charlevoix en su Historia de la Isla de Santo Domingo, lib. 6.

sa del Autor? ¿Y no es cierto que quien escribe con pasion, no merece alguna fe?

94 Aqui he determinado concluir este Discurso, porque aunque los dos últimos siglos están tan llenos de acciones ilustres de los Españoles como todos los antecedentes, la inmediacion á nuestro tiempo las hace tan notorias que sería ocioso dar noticia de ellas.

GLORIAS DE ESPAÑA, SEGUNDA PARTE.

DISCURSO CATORCE.

§. I.

EN el Discurso pasado hemos celebrado los Españoles por la parte del corazon: ahora subiremos á la cabeza. Todas las virtudes que ennoblecen al hombre, se dividen en intelectuales y morales. Aquellas ilustran el entendimiento, éstas rectifican la voluntad. En orden á las segundas hemos comprobado arriba con dichos y hechos, no todo lo que se pudiera decir; pero lo que basta para considerar á nuestra Nacion, ó superior á todas las demás, ó por lo menos no inferior á otra alguna, ya en el valor y manejo de las armas, ya en el amor de la patria, ya en el zelo por la Religion, ya en humanidad, ya en lealtad, ya en nobleza de animo, y otras partidas de que constan los hombres ilustres. Resta que ahora calificuemos la habilidad intelectual de los Españoles, con extension á todo genero de materias: en que creo necesitan mas de desengaño los Estrangeros, que en el asunto que hasta aqui hemos tratado; siendo no pocos los que tienen hecho el concepto de que somos los mas inhabiles y rudos entre las Naciones